

JOSÉ LUIS SERRANO CEBRIÁN

LA CUARTA SEMILLA

NOVELA



SAMARCANDA



La cuarta semilla

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2021, respecto a la primera edición en español, por:

© José Luis Serrano Cebrián

© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788417941482

ISBN e-book: 9788417941840

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.

Plaza de la Magdalena, 9, 3 (41001-Sevilla)

www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

*Libro solidario. Comprando este libro estás
ayudando a niños en situación de vulnerabilidad.*

Prólogo

1947.

En los campos de Burgalia.

A febrero no se le podía pedir benevolencia en aquellas tierras. El viento no dejaba de embestir contra la cabaña y el repicar constante de algunas maderas sueltas, latas y otros parches resonaba en las inmediaciones. Aquella desapacible noche no era propicia para el vuelo de ningún pájaro. Solo alguno despistado cruzaba el cielo arrastrado por la ventisca. Mientras, las rapaces esperaban cualquier movimiento por el suelo.

Al fondo, una descomunal roca protegía la cabaña de los vientos del norte y le confería un aspecto insignificante. Era una noche clara. La luna arrastraba la sombra de la gran roca y alumbraba el resto del valle.

Los árboles escaseaban y la mayoría se tumbaba para esquivar el viento. Pequeñas encinas, chaparros que crecían en matorral para arrojarse y solo alguno de aquellos tallos despuntaba y crecería sin demasiadas alharacas. Algún que otro enebro también salpicaba el paisaje. Sus hojas eran finas como alfileres y cortas como clavos. Alrededor de la cabaña había medio centenar de ellos, pero solo uno

había conseguido crecer. Era un esplendoroso árbol de unos cuatro metros de altura y cuajado de bayas moradas.

No mucho más allá corría un arroyo que brotaba de la gran roca hacia el sur. Las sacudidas del viento eclipsaban el constante rumor del agua. Pegado a la cabaña había un improvisado corral con dos capones que se cobijaban en una caja de madera. La cabaña no tenía ventanas ni chimenea, pero se podían oír las corrientes silbar entre las rendijas.

De repente, una parte de las tablas se abrió y alguien salió. Un cúmulo de ropajes se alejó encorvado unos metros y se detuvo para orinar. Tras aliviarse, volvió aún más rápido y cerró la puerta, asegurándose de que las tablas quedaban lo más selladas posible.

Ya dentro, cogió de un rincón una vara corta y azuzó las ascuas de un caldero de hojalata. Los dedos de sus manos asomaban tras unos vendajes. Las brasas cobraron entonces un color naranja intenso, momento que aprovechó para recostarse de nuevo lo más pegado posible a su acompañante. Se arremolinaban como dos oscuros petates cerca del pequeño caldero de ascuas.

La cabaña era un pequeño habitáculo construido a base de restos de tablas de madera. Algunas estaban atadas y otras, remachadas con clavos, pero entre ellas había demasiadas huecos por los que se colaba el viento. La pareja yacía en un rincón, sobre unos cartones con los que contenían algunas de las corrientes.

Pegado a la pared de enfrente había restos de pan y dos cuencos vacíos sobre un cajón destartado de madera. Sobre el suelo, otro caldero abollado contenía un hato grueso por el que asomaban varios mendrugos de pan duro y una jarra de barro con algo de agua.

Las ascuas hacían vibrar la luz del brasero y atenuaban la oscuridad. El calorcillo y el olor que desprendía la leña y alguna patata recién asada eran los únicos vestigios de calidez. Dormían abra-

zados en torno al brasero, ante el que se orientaban como unos girasoles en busca del sol.

De repente, varios golpes secos y desapacibles retumbaron en la cabaña. Algo aturcidos, levantaron sus cabezas y se miraron durante unos segundos, inmóviles. Ella se dio la vuelta sobre el camastro y se agarró con fuerza a él, que se incorporó y se apresuró a coger una estaca apoyada en el rincón más cercano. Sacó una navaja de su faja. Tras unos segundos de silencio, otros tres golpes retumbaron en el interior de la cabaña.

El viento y el frío dejaron de sentirse tan intensos. La pareja continuaba paralizada, como si creyeran que permaneciendo agazapados los peligros acabarían por diluirse. Se agolparon contra la pared frente a la puerta, como un par de conejos con ojos brillantes al fondo de la madriguera. Los capones revoloteaban y graznaban entre enfadados y asustados.

—¡Roman! ¡Constanza! Abridme, por favor. No tenéis nada que temer.

Sus miradas se cruzaron, tan ansiosas como sus jadeos. Al escuchar el acento de aquellas palabras, ella se estremeció aún más y empujó la pared con su espalda, buscando escapar.

—Abrid, chicos. No tenéis nada que temer, de verdad. Sé por lo que habéis pasado y estoy aquí para ayudaros. No tengáis miedo, por favor. Abrid.

El joven se incorporó con la estaca en la mano y se situó frente a la puerta, encorvado por el miedo.

—¿Qué quieres? —preguntó zarandeando la estaca en el aire con las dos manos—. ¿Qué buscas? No tenemos nada. Aquí no hay nada que te pueda interesar. ¡Más vale que sigas tu camino!

—Estoy en mi camino, amigo, y esta es una de mis paradas. Vosotros sois lo que busco. Ábreme, amigo. Solamente pretendo ayudaros.

Los jóvenes volvían a mirarse con extrañeza cada vez que escuchaban aquel acento.

—No necesitamos ayuda de nadie —gritó negando con la cabeza.

—Ábreme, Roman. Quiero colaborar, créeme. Me hago cargo de vuestra situación. Vengo desde muy lejos únicamente para ayudar. *Искам да помогна, братя!*¹.

Sus miradas confluyeron nuevamente y en sus ojos claros se reflejaban ciertos rastros de terror. Tras unos segundos, él avanzó hacia la puerta y separó con torpeza sus tablas, retrocediendo rápido sobre sus pasos y sin soltar la estaca. La puerta quedó abierta, dejando entrever la silueta de un hombre con gorra, más bien pequeño, con una bolsa en una mano y una vara en la otra. El hombre se quedó parado frente a la puerta y levantó sus manos, indicando que venía en son de paz.

—Tranquilo, Roman. En serio, no tenéis nada que temer. Vuestro peligro ha pasado. En este país estáis a salvo —dijo mientras entraba lentamente en la cabaña.

—¿Por qué sabes nuestros nombres? ¿Quién eres? —Las preguntas se amontonaban en la cabeza de Roman, quien mantenía la estaca en alto.

Aquel extraño hombre se quedó mirando fijamente el rostro de Roman, afilando sus ojos por la oscuridad.

—Dime, ¿qué edad tenéis? ¡Dios! Si sois unos chiquillos —exclamó con gesto de dolor, cerrando sus ojos con fuerza y apartando su mirada de Roman—. ¿Es que no tenéis una vela? —preguntó ya dentro.

Roman y Constanza se miraron durante unos segundos, preguntándose qué hacer. Finalmente, el joven retrocedió unos pasos sin perder de vista a aquel extraño y sacó una vela de debajo del cajón de madera donde solían comer. Se acercó al brasero sin

¹ «¡Quiero ayudar, hermanos!».

apartar la mirada, se agachó, juntó tembloroso la vela a una de las brasas y las sopló hasta encender la llama. Se hizo entonces la luz en la cabaña. Roman acercó la vela al extraño alargando su brazo y el rostro de aquel hombre resplandeció en tonos rojizos y sombras sinuosas. Se quedaron inmóviles algunos segundos y la luz colmó la habitación de misterio.

—Me sentaré en el suelo —dijo el hombre acercándose lentamente al brasero. Se sentó sobre sus nalgas, con las piernas cruzadas.

El brasero se interponía entre la pareja y aquel hombre. Roman permanecía de pie sobre el camastro, desconfiando todavía.

—Siéntate, Roman. No temáis. Bastante lleváis sufrido hasta el momento, de verdad. —Tocó la rodilla de Roman con su mano derecha y mostró con la izquierda el hueco para sentarse.

Roman se cruzó por delante de la chica y se sentó sin soltar la estaca. Apoyó la vela sobre el suelo, al lado del brasero. El hombre se quedó unos segundos mirando las caras de aquellos jóvenes. Observó despacio la habitación, tomándose su tiempo, y puso sus dos manos sobre el brasero y las frotó con cierto brío.

—Al menos el brasero funciona —susurró, aliviado. Sus ojos brillantes danzaban al son de la luz de la vela.

Los dos chicos continuaban mirándolo sin decir una palabra. La situación se había calmado.

—¿Quién es usted? —preguntó Constanza con voz temblorosa en un arrebato—. ¿De dónde viene? ¿Qué quiere de nosotros?

El hombre se tomó unos segundos antes de contestar. Con cara circunspecta y sin apartar la mirada del suelo, parecía estar meditando su presentación. Sus manos se juntaron en su frente como si reflexionara. Tras unos instantes, levantó su mirada y explicó:

—No es la primera vez que hago esto. Y no creo que sea la última, desgraciadamente. No me gustaría que, a fuerza de repetirme, deje de ser profundamente sentida. Vengo siguiendo vuestra pista desde vuestro país. Conozco las dificultades por las que habéis pasado,

vuestros dramas, vuestras miserias. Me hago cargo de vuestro terrible sufrimiento. —Bajó la cabeza en un gesto de resignación—. Sé que vuestros padres y familiares os fueron arrebatados con sangre y de manera cruel delante de vuestras narices y que habéis cruzado Europa en busca de paz para el alma. —El hombre volvió a mirarlos, encontrando ojos brillantes y algo huidizos.

Las palabras de aquel hombre parecieron ahogarse en un silencio espeso, pero los rostros de los jóvenes se apretaron y contuvieron cualquier mueca de debilidad.

—¿Pero, entonces, tú eres...?

—Sí. Ya he estado visitando a algunos compañeros vuestros y recabando pistas de la situación de los demás. Me propongo encontraros a todos. Algunos estáis mejor que otros —dijo mirando alrededor de la cabaña.

—¿Y es este el lugar, verdad? El peñasco está ahí fuera, ¿lo has visto? —El joven parecía haber perdido el miedo por un instante.

—¡Eh, un momento! ¿Cómo sé que no es usted uno de ellos? —preguntó Constanza, exaltada—. ¿No pensará que vamos a delatar a alguno de nuestros compañeros?

—Tranquilos, chicos. Vengo desarmado a ayudaros —contesto mostrando las palmas de sus manos hacia arriba—. No os preocupéis, tengo tiempo para explicaros todo antes de partir. —Se balanceó para acomodar sus nalgas—. Yo soy Igor, aquel hombre que se os acercó mientras dormíais en una cuneta. Supe que en el asedio a Burgas, durante la guerra, un grupo de niños y jóvenes que quedaron huérfanos fueron organizados para huir. Sé que muchos fallecieron por el camino y otros, sin embargo, a lo largo de vuestro exilio habéis ido encontrando el lugar. Muchos ya han empezado a trabajar. Ahora os toca a vosotros.

La vela se iba consumiendo mientras Igor se explicaba. Para los jóvenes, el tiempo se había suspendido escuchando absortos. Sus rostros fueron perdiendo dureza a medida que Igor avanzaba en

su mensaje y sus entrecejos se relajaron. La calidez de la vela y la compañía amainaron el temor de los jóvenes, en cuyos párpados se fue acumulando un brillo danzarín.

—Habéis alcanzado la tierra elegida para construir vuestro futuro y a partir de ahora debéis confiar. Somos una hermandad y nuestra unión es fuerte. Tened fe, confiad en mí y saldréis adelante. Esto es lo que tenéis que hacer. —Giró sobre sí mismo y cogió un nudo de trapos que tenía detrás de él. Lo puso sobre sus piernas y, con sus anchas uñas, comenzó a separar aquellas telas por sus picos. Parecían húmedas. Las manos de Igor eran rudas y huesudas, como dos palas desproporcionadas con respecto al resto de su cuerpo. A la luz de la vela, parecían manos de gigante, surcadas por gruesas venas. Tras abrir los sucios trapos como si fueran pétalos de una gran flor marchita, mostró a los jóvenes lo que contenían en su interior, alargando los brazos para alumbrarlo a la luz de la vela. El cuerpo, los brazos y la cara de Igor se iluminaron. Su rostro era anguloso y los pómulos, sobresalientes. Su boca era larga pero excesivamente fina y su nariz, prominente. Los diminutos ojos brillaban por completo y la frente estaba marcada por profundos surcos, como las arrugas de un elefante. Su cabeza era pequeña y sin pelo—. Os entrego estas semillas. Son cuatro nada más, pero tendréis suficientes con estas.

Igor les acercó las semillas con las dos manos, sin apartar los ojos de ellas, como bendiciéndolas.

Los jóvenes las miraron con cierto desconcierto. Constanza alargó sus brazos y las recogió, poniéndolas sobre su regazo. No apartaron la vista de ellas, tratando de encontrar en esas pequeñas bolitas alguna razón de ser. Tras unos segundos, levantaron sus miradas hacia Igor.

—¡Pero... son solo huesos de aceituna! —dijo Roman torciendo el gesto.

—Podéis creer que solo son simples huesos de aceituna, pero en realidad son las llaves de vuestro destino. Tened fe, es lo único que se os pide. —Igor habló en tono más grave—: Limad las semillas por los cuatro lados y conservadlas húmedas y protegidas del sol durante dos meses. Luego, al inicio de la primavera, deberéis plantar las cuatro en un semillero. Deberéis elegir el plantón que con más fuerza prenda y separarlo de los otros tres. Ese permanecerá siempre en una pequeña maceta y deberéis velar por su supervivencia eterna. Ese arbolito será la reserva de vuestra familia y os proporcionará los esquejes y frutos necesarios en caso de cualquier fatalidad. Recordad, debéis preservar a toda costa el arbolito de la cuarta semilla, pues a través de él descubriréis qué caminos tomar en momentos difíciles. Los otros tres —dijo señalando tres dedos de su mano derecha— deberéis sembrarlos en lo que será la plantación sobre la que construiréis vuestro futuro en esta llanura. Es la tierra de la que os hablé.

—¿Una plantación? —interrumpió Constanza.

—Así es. Del chupón más vigoroso brotarán ramillas que se convertirán en centenarios olivos y de cada uno de ellos brotarán muchos más. Al principio será lento, pero no desesperéis —explicó ceremoniosamente.

Los jóvenes no dejaban de mirar a Igor, absortos. Sus palabras parecían resonar en sus almas como música celestial. La luz de la vela anegaba de misterio la presencia de aquel hombre. Entonces Igor se levantó y dijo:

—Debo irme. He cumplido mi misión y ya solo de vosotros depende vuestro futuro. Aquí estaréis seguros, no tenéis nada que temer. Solo en la continuación de esta misión está vuestra salvación, la nuestra, la de la fraternidad. Permaneced fieles y atentos. Estamos todos juntos en esto. Y recordad, prestad mucha atención a esa cuarta semilla. La hermandad por fin os ha encontrado y desde este momento no debéis tener miedo. Estaremos en contacto.

Los jóvenes se levantaron también rápidamente. Constanza mantenía entre sus dos manos el ato húmedo con las semillas.

Igor abrazó fuertemente a Roman durante unos instantes en los que dejó caer por primera vez la estaca, resonando sobre las tablas de la cabaña. Tras el abrazo, acarició su rostro sin retirar su mirada para apreciar su juventud. Abrazó fuertemente a Constanza y apartó un mechón de pelo de su frente, pasándolo por detrás de su oreja. Los ojos de Igor retenían brillantes briznas de lágrimas. Apartó súbitamente su mirada, recogió su gorra del suelo y se fue por donde había venido.

Los jóvenes se quedaron inmóviles de pie. Tras mirarse durante unos instantes, ambos prestaron atención a aquellas semillas. Roman cogió lentamente una de ellas y la acercó a sus ojos para reconocerla mejor. Después la agitó cerca de su oído derecho, tratando de escuchar algo en su interior. Tras levantar sus cejas, miró a Constanza y volvió a depositar la semilla entre aquellos paños.

—Durmamos...

Roman envolvió de nuevo las semillas, las dejó sobre el cajón con restos de comida y volvió a su improvisado camastro. Pero cuando se estaba inclinando para recostarse, se giró y miró de nuevo hacia aquellas semillas. Retrocedió para cogerlas y las guardó, esta vez debajo del camastro, a la altura de su cabeza. Mientras, Constanza azuzó de nuevo las pavas del brasero y apagó la vela. El viento recobró su protagonismo, silbando con renovados bríos. La oscuridad se apoderó otra vez de la cabaña y las hendidas perdieron su brillo plateado. Constanza alargó su brazo en busca de la mano de Roman, hasta que la encontró.

—¿Te imaginas? —preguntó Constanza.

Roman guardó silencio. Finalmente, cogió su mano y la apretó con firmeza, llevándosela hacia su pecho sin decir una palabra.

La figura de Igor desapareció entre la noche mientras se alejaba por el camino. Se detuvo para echar una última mirada y

apreció lo insignificante de aquella cabaña, a los pies de una roca solitaria en medio de la llanura. Acababa de culminar uno más de los muchos encuentros que conformaban su particular misión. Eran muchos los niños y pocas las manos. Aquellos encuentros resultaban breves, pero estaban cargados de significado. Unos cuantos hombres, pocos, entre los cuales se encontraba el capitán de navío Alesya, quien tanto lo había ayudado tras el asesinato de su familia, habían decidido convertirse en una especie de ángeles esparcidores de semillas, capaces de germinar bosques de esperanza entre las principales víctimas de una guerra mundial.

La luna se había escondido ya tras aquel monolito de granito y realzaba su majestuosidad. Las escasas nubes terminaron por desaparecer y en el cielo resurgieron las estrellas. El rumor del riachuelo se colaba entre las rachas de viento y el brillo plateado de la luna se deslizaba hacia el horizonte. Dentro, Roman sopló la vela y la tenue luz de la cabaña desapareció, encendiendo esa fecunda oscuridad que alienta los sueños más nobles.

Capítulo 1

2019.

Setenta y dos años más tarde.

Cuando cruzaba el umbral del patio, el ánimo de Eduardo revivía. Como si aquella puerta estuviera bendecida y le hiciera perder la noción del tiempo cada vez que la atravesaba.

Era un patio arabesco, templado y abrigado del viento y las heladas. En cada una de sus esquinas corrían finos chorros de agua que vertían a unos piloncetes de granito. No era un patio demasiado grande, pero sí lo suficiente como para que en la pared contraria a aquella puerta tuviera cabida un pequeño invernadero donde cultivaba sus pequeños tesoros vegetales.

La familia había convertido aquel patio en un ecosistema único donde la vida parecía brotar en cada rincón. Era un espacio acristalado y dotado de todo tipo de dispositivos que controlaban la temperatura y la humedad en el ambiente, como una burbuja que contenía el caldo de cultivo ideal para que cualquier semilla o injerto dejado al azar prendiera de manera virulenta. Era el laboratorio de vida de la familia.

Eduardo se sentó en la banqueta frente a la mesa de trabajo y se acercó dos pequeños bonsáis. Después se sacó el teléfono del bolsillo, los fotografió y compartió aquellas imágenes en Instagram: «La vida no para de brotar. #Buenosdías».

Todas aquellas plantas eran de medidas y formas diferentes y cada una respondía de distintas maneras al mismo tratamiento. Eso fascinaba a Eduardo. Una misma semilla, sembrada al mismo tiempo, con las mismas condiciones ambientales, daba lugar a una planta única, distinta de todas las demás. En una de las paredes había colocado todas las semillas. Un poquito más adelantada, cerca de la cristalera, había puesto una mesa grande de madera gruesa y patas de hierro. Sobre ella trabajaba los injertos, los trasplantes, y limpiaba y podaba las raíces. Era una mesa vasta, sobre la que había numerosas macetas y bandejas con arbolillos de cierta solera. En el suelo, sobre unas banquetas elevadas, estaban las especies más legendarias, las que iban revelando el propósito de aquellas labores.

Eduardo manejaba sutilmente las pinzas con las que manipula las semillas o podaba alguna rama. Su mirada se afilaba mientras los dedos de sus manos manipulaban sutilmente cada brote. Solía revisar con una lupa la evolución de los injertos y floraciones. Cada planta desarrolla un carácter, como los diferentes tramos de un río. Hay insolentes embriones que luchan con ardor por prender sus raíces, otros que sufren la melancolía en su primera caída de hojas y algunos esplendorosos ejemplares centenarios de retorcidos y tortuosos troncos surcados por oquedades misteriosas que tanto recuerdan a los rostros de los viejos campesinos que salen al sol para presenciar el rubor de la vida.

Los bonsáis se situaban sobre una especie de taburetes altos. Son árboles humildes que se dejan hacer. Por ellos pasa la vida y terminan convirtiéndose en incunables de un código secreto. Son portadores de una densa belleza, provocada por un crecimiento hacia dentro, hacia sí mismos, convirtiendo sus torsos en vetusta

madera que refleja la sabiduría del tiempo. En lo alto de una peana, sobre una magnífica bandeja de la que emergía un tronco quebrado y hendido, un imponente olivo presidía toda aquella sección de bonsáis.

Había decidido pasar aquellos días encerrado entre el silencio de aquellas fuentes y no era raro que Samuel, el encargado de la finca, lo sorprendiera durmiendo en el banco con alguna herramienta agarrada a la mano. Cada estación del año era bien distinta en la finca. La planicie permitía admirar con asombrosa claridad tanto el amanecer como el atardecer. Las sombras se movían alrededor de los olivos a lo largo del día. Cada mañana, la familia acumulaba en sus retinas el milagro cotidiano de la naturaleza.

Aquel día, Eduardo decidió dejar las tareas de invernadero. Depositó las pinzas sobre la mesa y se fue a desayunar. No solía hacerlo en familia, aunque resultaba inevitable que a menudo coincidiera con algún miembro, en especial con su hermana Lidia. Entró a la cocina sin saludar y ella lo siguió con la mirada, en silencio. Cogió una taza del aparador y se sirvió café. Al envolver la taza con ambas manos, parecía diminuta. No se había percatado de la presencia de su hermana. O quizás sí, pero la obvió. Sus ojos negros flotaban sobre la taza perdidos en algún punto tras el ventanal y cargados del brillo de la mañana. Sus labios sorbían el café torpemente, a trompicones, al ritmo de algunos pensamientos, aunque los últimos tragos fueron profundos y apresurados.

Sin despedirse, cogió su cartera y las llaves de su coche y salió hacia la oficina. Al cerrar, levantó la mirada y vio a Samuel, el guarda, barriendo el zaguán de su casa. Sabía que Samuel no solía saludar, a lo sumo levantaba con sutileza la cabeza mientras sonreía. Eduardo tardó en apartar su mirada de Samuel, girando su cuello mientras avanzaba hacia su coche.

Tras perderlo de vista, aceleró su marcha hacia el garaje. Al cerrar la puerta del coche, se hizo un silencio, de esos que invitan a

reclinarse. Al arrancar, se conectaron multitud de pequeñas luces y sonidos de aviso. Tras unos segundos en aquella burbuja, empezó a sonar *Tubular Bells*, de Mike Oldfield. Apoyó sus grandes manos sobre el cuero cosido del volante antes de iniciar la marcha. Tardó en levantar la cabeza, llegando incluso a iniciar la marcha atrás antes de mirar a la carretera. Avanzó hacia la salida de la finca y observó de nuevo a Samuel mientras barría. Las golondrinas se entrecruzaban con sus vuelos rasantes y Puli, su perro, acudió corriendo solo para olisquear la estela del auto. La potencia de la música eclipsaba cualquier otro sonido de aquella escena.

Jacinto, su padre, solía ser el primero de la familia en levantarse y desayunar mientras escuchaba las noticias de la mañana. Sin embargo, Selena, su madre, era la última, aunque solía coincidir con Lidia. Selena no trabajaba en las oficinas familiares y estaba más al tanto de las necesidades cotidianas de la finca. Era una mujer con presencia. Su delgadez contrastaba con el tamaño de su boca, nariz, manos y caderas. Quizás fuera esto mismo lo que le confería esa personalidad única. Aunque no solía vestir de manera llamativa y a pesar de poseer una voz melódica y fina, tenía una personalidad de gran *engagement*.

Antes de comentar el asunto que conformaba el eje central en la familia durante los últimos días, Selena se sirvió el café y se dispuso a saborearlo tras mezclarlo con una cucharada de miel de la propia finca. La desaparición de María Ángeles había sorprendido a la familia por completo. Aquel suceso, que en condiciones normales no les hubiera acarreado molestia alguna, se complicó por la decisión de Eduardo de no denunciar su ausencia. Tras meses de relación, parecía que la cosa tenía visos de terminar en boda. Algo previsible en la fraternidad.

Selena miró por la ventana y también vio a Samuel, quien ya estaba pintando la cerca de la finca.

—Esa chica... ¡Lucía! —recordó Selena—. ¿La conoces?
—preguntó sin apartar la vista de la ventana.

—No mucho —contestó Lidia enarcando las cejas. Miraba el fondo de su taza con cierto retraimiento—. Es algo mayor que yo, de la quinta de Eduardo. Fueron al instituto juntos.

Selena continuó saboreando su café, distraída. Tras varios sorbos lentos, volvió en sí.

—Bueno... ¿No trabajas hoy? —preguntó la madre dándose la vuelta de repente. Dejó la taza sobre la encimera y se dispuso a recoger la cocina.

—Sí, ahora salgo. —Lidia removía los posos de la miel con la cucharilla—. Lleva unos días absorto, ¿verdad?

—¿Quién? ¿Tu hermano? Ah, sí, ¡claro! Pero no parece importante. Tiene que pasarlo. No te preocupes demasiado, hay que comprenderlo, su novia de toda la vida ha desaparecido justo cuando la Orden esperaba su anuncio. Ya sabes, esos enseguida te quieren casar. ¡Hala, venga, que llegarás demasiado tarde...!
—Dio una suave palmada.

Lidia terminó su café y partió también hacia las oficinas. Mientras, su madre se quedó observando por la ventana cómo se alejaba. Vestida entera de negro, su cabello liso plateado reflejaba la luz de la mañana y sus ojos verdes se perdían en sí misma. En ese mismo instante, la pantalla de su teléfono empezó a parpadear con la imagen sonriente de su marido.

—Sí, Jacinto, ¿qué tal vas? —Selena dio la espalda a la ventana y comenzó a andar por la cocina mirando al suelo. Su mano izquierda se apoyaba en forma de jarra sobre la cadera.

—Selena, ¿comemos hoy? Tengo hueco a la 13:30.

—No puedo hoy, cariño. —Selena cambió su mirada hacia el techo mientras se atusaba su melena plateada—. He quedado con Patricia para comer, pero nos vemos a la noche.

El despacho de Eduardo tenía una gran ventana orientada al oeste. Dejaba ver una parte de la ciudad y más allá, en medio del campo, La Colgada, esa gran roca que confería cierta originalidad a las llanuras de Burgalia. La luz de las mañanas era directa y encendía una de las caras de la ciudad, convirtiendo el ventanal en una especie de gran lienzo. Sin embargo, durante los atardeceres se podía ver el sol esconderse tras el peñasco mientras de su raíz emergía una sombra que, como una mancha de aceite, se extendía hasta cubrir gran parte de la ciudad.

Sobre las paredes del despacho colgaban numerosas fotografías de Eduardo: algunas, jugando al balonmano; otras, en expediciones de escalada, posando en diversas cumbres; muchas, firmando algún acuerdo relevante para la empresa familiar. Sobre un aparador próximo a la puerta también aparecían varias fotografías de una especie de solemne nombramiento. Eran imágenes donde los personajes salían con guantes blancos y fajines, portando una especie de báculos y estampados con figuras geométricas. Tras el sillón de su despacho, algo más elevado de lo normal, colgaba un escudo con alguna inscripción en latín, que contrastaba con el diseño minimalista del conjunto del despacho.

Eduardo se quitó la chaqueta y la colgó sobre el respaldo del sillón. Rehusó sentarse para mirar a través de ventana. Burgalia era más bien pequeña y los edificios guardaban cierta discreción en su altura. Donde terminaba la ciudad empezaba el campo, dibujado por unas parcelas que cambiaban de color según la estación del año. La mayor parte de ellas eran pequeñas plantaciones de cereal y conformaban un entramado de figuras que terminaban por encajar entre ellas gracias a la insistencia de un tractor que iba limando las aristas de cada figura. Entre toda aquella geometría, una carretera serpenteaba hasta la Colgada, a escasos kilómetros de la finca familiar, La Pedrera.

Con la ciudad a sus espaldas, se sentó en el sillón de cuero. Recostó su cabeza sobre el respaldo y ancló su mirada en el techo.